

A dramatic, dark-toned illustration of a multi-masted sailing ship, likely a galleon, navigating through a turbulent sea under a stormy, grey sky. The ship is viewed from a low angle, emphasizing its scale and the power of the waves. The overall mood is mysterious and ominous, fitting the theme of a legend.

La leyenda del

# HOLANDESES

ANTONIO PASCUAL-GARCÍA

A dark, multi-masted sailing ship is shown on a turbulent, dark sea under a stormy, grey sky. The ship's sails are partially set, and the overall atmosphere is ominous and dramatic. The ship is positioned on the left side of the frame, moving towards the right.

La leyenda del

# HOLANDESES

ANTONIO PASCUAL-GARCÍA

© Antonio Pascual-García 2015

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

Obra protegida en el registro de la propiedad intelectual.

Portada: Ramiro Carratalá Moreno.

Corrección y edición: Pandorates.

# La leyenda del Holandés

Antonio Pascual-García

Relato dedicado a mis hijos, Laura y Alex. Mi mayor inspiración.

# Contenido

[Prefacio](#)

[1 El hotel “La leyenda del Holandés”](#)

[2 Larry](#)

[3 Laura](#)

[4 El Barco Fantasma.](#)

[5 La estafa](#)

[6 El otro](#)

[7 El pastor](#)

[8 La confesión](#)

[9 Los motivos](#)

[10 Conclusión](#)

[Epílogo](#)

# Prefacio

Marc se encontraba en su despacho delante del ordenador mirando, inquieto, la pantalla, pero para su desgracia, la página del Word todavía permanecía vacía.

Hacía algún tiempo que tener que enfrentarse a la obra que intentaba terminar, lo estaba dirigiendo a la desesperación.

Fuera de la casa, la lluvia no parecía tener la menor intención de parar y sus gotas salpicaban la ventana de la habitación donde se encontraba el escritor, absorto en su rebelde borrador.

Se levantó, se volvió a sentar, pero nada. La imaginación lo había abandonado. Se agarró la cabeza, con las manos, en señal de impotencia y fue a la cocina a mirar cómo se asaba el pollo que había puesto en el horno y, de paso, distraer un rato la mente.

Ya no sabía qué hacer y estaba convencido de que él mismo era su propio demonio. Él era el único responsable de tal nefasta situación. Ponerse nervioso no hacía más que complicar las cosas, y él lo sabía.

Dirigió una fugaz mirada a la cena y se sirvió un vaso de agua fría. En ese instante, sonó el teléfono:

–Marc, ¿cómo te encuentras?

El escritor reconoció enseguida la voz de su agente literario y contestó:

–Estoy bien, gracias.

–Pues te noto la voz un poco rara. Dime, ¿ocurre algo?

–Bueno, la verdad es que estoy un poco desesperado, Robert. No encuentro inspiración. Lo intento, créeme, pero no hay forma. Es sentarme delante del maldito ordenador y la mente se me queda en blanco.

–Tranquilízate un poco, hombre.

–Eso es lo que trato de hacer, pero es muy complicado.

–Ya verás cómo al final todo saldrá bien. Deberías de tener un poco más de confianza en ti mismo. Si has hecho grandes libros, seguro, que podrás hacer muchos más. Todo es cuestión de tiempo. Tarde o temprano las palabras fluirán. Relájate, eres un auténtico genio y las estadísticas de las ventas de tus obras lo confirman.

–Me relajaré, y confiaré en mí, cuando tenga terminado la novela y te la haya enviado. Entonces, sí que estaré tranquilo y podré afirmar que estoy satisfecho conmigo mismo y con mi trabajo.

–Marc, eres un jodido cabezota. Me parece que no tienes solución – bromeó.

–Nunca me había ocurrido antes con ninguna otra obra.

–Tú sabes que nunca te he metido prisa con ninguna obra, no te preocupes. No hay prisa. Si para este año no puede ser, pues será para el próximo.

»Además así podríamos ir promocionándolo antes de editarlo. Eso funciona, créeme. Hay muchas editoriales, e incluso autores independientes, que están consiguiendo grandes beneficios gracias a esta interesante opción.

–Te creo, eres el mejor agente literario que hasta ahora he conocido. Por eso me fío de ti y firmé un contrato para percibir tus servicios. Tienes muy buena reputación y los principales medios de comunicación nunca ponen trabas a la hora de concertar entrevistas con tus autores.

–Necesitas relajarte, te invito a cenar esta noche. Iremos a un sitio que conozco y que es muy tranquilo. Así, podríamos hablar un rato y concretamos unas cuantas cuestiones y, de paso, hablamos sobre tus preocupaciones. Pienso que te vendría bien hablar de tus inquietudes con un amigo. Porque aparte de tu agente soy tu amigo, no lo olvides.



–No me viene bien, tengo la cena en el horno. Podríamos quedar para otro día, quizás la semana que viene. Si quieres o puedes, claro.

–Vale, como quieras...

Tras la despedida, Marc se dirigió hacia la cocina y soltó una serie de maldiciones cuando, al abrir el horno, una nube de humo, con olor a quemado, le abofeteó la cara. La cena se había carbonizado.

De nuevo regresó al estudio y volvió a sentarse delante del ordenador. Su rostro se reflejaba de nuevo en la página vacía del Word.

Después de unos minutos y de pensarlo mejor, decidió llamar a su agente:

–Robert, soy Marc.

–Dime.

–Lo he pensado mejor y, si quieres, podemos ir a cenar al lugar ese que conoces. Me irá muy bien hablar.

–Estupendo, cámbiate de ropa y ahora mismo paso a recogerte. Acudiré a tu casa en un taxi. No tardaré nada.

–¿Tengo que ponerme un traje de chaqueta o algo elegante?

–No Marc, yo voy a ir con vaqueros y una americana. Como te dije antes, es un local muy acogedor y tranquilo. Ya verás, te gustará el sitio.

–Vale, aquí te espero.

El escritor colgó el teléfono y fue a cambiarse de ropa. Al poco tiempo un taxi se detenía en la puerta de la vivienda. Desde la ventana no tardó en distinguir la figura de Robert que, con un paraguas en la mano, se protegía de la cortina de lluvia que no cesaba de caer del cielo londinense.

Acomodados en el asiento trasero del taxi, el agente daba instrucciones al habilidoso conductor. Este, desde su posición, no dejaba de mirar a Marc por el espejo retrovisor interior. Al final se decidió a preguntar:

–¿Usted no es el famoso escritor de relatos de misterio que, algunas

veces, sale entrevistado en la televisión?

–Sí –contestó el aludido.

–Vaya, le aseguro que es un gran placer llevarle en mi taxi.

–El placer es mío –aseguró Marc amablemente.

El vehículo parecía flotar sobre las serpenteantes y mojadas calles de la lúgubre ciudad. Los puestos de venta ambulante de comida rápida se alineaban, a los lados de la calzada, con colas de hambrientos clientes esperando su turno.

Robert pagó la carrera al amable taxista, mientras Marc observaba, con cierta inquietud, la fachada del singular restaurante.

Una vez fuera del coche el agente trató de tranquilizar a su autor:

–No te preocupes por la apariencia, ya verás como no te va a decepcionar. Te lo aseguro.

Al entrar en el local, fueron sorprendidos por la suave música, que envolvía la estancia.

–¿Qué te parece Marc? ¿Te gusta?

El escritor asintió sorprendido, al tiempo que dirigía la mirada hacia la llamativa decoración, consistente en fotografías de cantantes y grupos de música de la más esplendorosa época del rock gótico de Londres.

Marc sorprendido contestó:

–Si quieres que te sea sincero, no me esperaba un sitio así, la verdad. Es fabuloso. Muchísimas gracias. No sé qué haría sin ti...

–Oh vamos, no exageres. Ven, vamos a tomar algo antes de cenar.

Robert estaba observando a la bella camarera mientras servía dos sugerentes jarras de cervezas y cuando la rubia abandonó la mesa comentó:

–Creo que te vendría bien pasar unos días en algún sitio tranquilo. Quizás si fueras a un hotel por la costa y simplemente cambiaras un poco de aires, podrías concentrarte mejor y encontrar la inspiración, que tantos quebraderos de cabeza te está dando últimamente. Y además, hace tiempo que

te noto bastante nervioso. Eso no trae nada bueno. Sé de lo que hablo.

–Probablemente tengas razón y la falta de inspiración sea causada por el estrés. No me extrañaría que todo fuera debido a la ansiedad. Eso espero. Disculpa, voy un momento al servicio –dijo Marc mientras se levantaba de su asiento.

Durante el tiempo transcurrido en que su acompañante se encontraba ausente, el agente se quedó observando hacia una de las paredes y en especial a un cartel que rezaba:

**«Venga a visitar el hotel “El Barco Fantasma”, un paraíso junto a los acantilados y el mejor lugar para encontrar la tranquilidad».**

Marc al volver de nuevo junto a la barra, se extrañó de la cara que ponía su interlocutor y le preguntó:

–¿Ocurre algo?

–Creo, que se me acaba de ocurrir una gran idea...

# 1 El hotel “La leyenda del Holandés”

El conductor dejó atrás la gasolinera y siguió las indicaciones que le dio el empleado después de llenar, por completo, el depósito de combustible. Tomó las peligrosas curvas y al cabo de un rato, por fin, llegó a la recta que atravesaba un frondoso bosque de robles. Disfrutó del hermoso paisaje que bordeaba la carretera. Un halcón planeaba en el cielo a la espera de descubrir una presa. De un movimiento giró el botón de la radio y subió el volumen de la música. El hombre comenzó a tararear una hermosa canción.

Al instante, en la distancia, reconoció la majestuosa estructura del hotel que se erguía junto a un imponente acantilado. Un manto verde de musgo, originado por la alta humedad, cubría por algunas zonas el suelo en los alrededores de la construcción.

Detuvo el vehículo justo en la puerta, debajo de un cartel de madera donde se podía leer “El Barco Fantasma” y se dispuso a bajar del coche. El hombre se quedó mirando por un momento la fachada gris de piedra del edificio y no tardó en fijarse en los tejados de pizarra. Los muros, erosionados por la inclemente intemperie, daban un claro testimonio de su antigüedad. Frondosas enredaderas trepaban por las esquinas del hotel, confiriéndole un tenebroso aspecto. Marc trató de imaginar las increíbles historias y secretos que esconderían sus muros.

La brisa fresca del mar lo sorprendió cuando se disponía a entrar en el edificio. Aguardó en el mostrador junto a sus pertenencias, que consistían en una maleta con ropa de invierno y un ordenador portátil, que le serviría para intentar escribir, hasta que fue atendido por una joven recepcionista.

–Buenas tardes caballero, si fuera usted tan amable, ¿podría facilitarme su documentación para verificar la reserva?

–Sí, por supuesto.

La joven, con cara de sorpresa, comprobó los datos y tras disculparse desapareció apresurada tras el mostrador.

El escritor, en ese instante, sospechó que había sido reconocido.

–Oh, Mr. Marc Miller, disculpe la espera. Es un auténtico placer tenerle en nuestro humilde hotel. No puede imaginar lo que nos agrada contar con su presencia –afirmó un hombre voluminoso que venía con la recepcionista y que debía de tratarse del propietario–. Esta muchacha –continuó– es mi hija y créame cuando le digo que ha leído todos sus libros.

–Es cierto. Me gusta mucho su forma de escribir y soy una apasionada del misterio y del suspense.

–Se pasa casi todas las noches en vela por culpa de sus libros y luego no rinde bien en el trabajo –bromeó el hombre.

–Mi padre exagera un poco, pero tiene algo de razón. Cuando comienzo un relato suyo, no puedo parar de leer hasta que lo termino. No sé cómo explicarlo. Cuando leo algo suyo, me olvido de todos mis problemas. Desconecto de la realidad. Es usted un magnífico narrador.

–Agradezco sus palabras. Siempre es muy estimulante recibir buenos comentarios –afirmó el escritor.

–Estoy segura de que usted recibirá muy pocos comentarios malos. ¿No es así?

–No se crea, también recibo alguna que otra mala opinión. Los lectores tienen gustos literarios muy dispares.

–Me imagino que también será por las envidias –añadió la recepcionista.

–En ese terreno prefiero no entrar. Solo me dedico a escribir y soy consciente de que no a todos los lectores tienen por qué gustarles mis novelas. Como a mí, por ejemplo, tampoco me gustan las obras de otros escritores, es

algo muy normal y no hay que darle más vueltas. Es todo cuestión de gustos. Cada uno tenemos nuestras manías y predilecciones a la hora de elegir nuestras lecturas.

–Laura es una muchacha inteligente y muy guapa –intervino de pronto el propietario.

Marc se fijó en la belleza de la mujer, que calculó que tendría unos cinco años menos que él, alrededor de veinticinco y se aproximó más al mostrador para susurrar:

–Les pido, que por favor, mantengan mi identidad en el más absoluto anonimato. He venido para terminar una novela y me gustaría estar tranquilo y pasar lo más desapercibido posible. Sé que va a ser un poco difícil, porque soy una persona muy popular, pero aun así lo agradecería. Espero que no se hayan ofendido, que lo comprendan y se pongan en mi situación.

–En absoluto, faltaría más. No se preocupe. No diremos nada a nadie. Puede usted estar tranquilo, ¿verdad hija?

–¡El escritor Marc Miller va a terminar una novela en nuestro hotel! – la recepcionista, levantó el tono de voz–. ¡No puedo creerlo padre, es fabuloso! Necesito contárselo enseguida a mis amigas...

–Hija, por favor.

–Lo siento. No volverá a suceder. Es que es tan inusual tener a un escritor tan famoso hospedado en nuestro hotel. Por cierto, ¿tendría algún inconveniente en firmarme algún libro? –esto último lo preguntó en voz baja.

–Sería un auténtico placer, pero no me he traído ningún ejemplar.

–No se preocupe, yo tengo libros suyos aquí.

–Pues entonces cuando quiera me los deja y se los dedico.

–Muchísimas gracias, luego más tarde se las llevaré a su habitación, porque pienso que será más discreto. Pero quiero una buena dedicatoria.

–Hija, no incomodes más a nuestro distinguido cliente.

–No se preocupe, forma parte de mi trabajo y la verdad, es la parte que más me gusta. Satisfacer a sus lectores, debe de ser la misión más importante de cualquier autor.

El cliente echó una ojeada al interior del hotel y el estilo rústico le pareció confortable y un buen lugar para escribir. Esperaba que allí encontraría la inspiración que iba a necesitar para terminar la novela.

La voz del propietario lo sacó de su ensimismamiento:

–Si usted lo desea, nosotros le subiremos en un momento el equipaje a su habitación mientras se relaja un poco. Allí, al fondo, tenemos el bar y puede tomar una copa antes de que sirvamos la cena. Es un lugar muy confortable donde podrá incluso leer la prensa de hoy, si lo desea.

–No se preocupe. Se lo agradezco, pero creo que voy a salir un rato a estirar un poco las piernas.

–Perfecto. Muy buena idea.

–Pero en cambio, sí les agradecería que me subieran, si fueran tan amables, el equipaje a mi habitación.

–Como usted guste, bien pensado y recuerde que está usted en su casa. Bueno, mejor, aquí no tendrá que prepararse la cena y la cama la tendrá hecha cada día –rió el hombre.

–En ese aspecto tiene mucha razón. No le puedo llevar la contraria –admitió el autor, mientras se acariciaba la perilla.

–Vaya a ver el acantilado. Si no lo conoce le sorprenderá y sus piernas, de seguro, se lo agradecerán. Es un buen lugar para meditar y encontrar la tranquilidad.

–Sí, iré a dar una caminata, tengo curiosidad por conocer ese lugar y después le haré caso y tomaré una copa. Por cierto, me gustaría decirle que tiene un hotel muy bien decorado. Se nota que tienen buen gusto. Y es muy

antiguo, ¿verdad?

–Muchas gracias por sus palabras. Y sí, es muy viejo, de hecho, algunos apuntan que incluso puede que esté construido sobre una centenaria fortificación sajona.

–Muy interesante, la verdad. Bueno, la conversación es agradable, pero será mejor que vaya a pasear un rato –aseguró el escritor.

–Hará muy bien –concluyó el servicial hombre en el instante que llamaba, mediante un gesto, a un mozo que debía de ser el botones, para que subiera a la habitación las maletas del cliente.



## 2 Larry

El escritor salió del hotel y se dirigió hacia el acantilado. El ruido de las olas rompiendo contra las rocas lo relajó por un momento.

El cielo comenzó a nublarse y el crepúsculo se aproximó a su cenit. El olor del salitre y la humedad otoñal le proporcionaron un agradable estupor.

De pronto, un potente fogonazo pareció encenderse en medio del mar alertando a Marc. La luminosidad se balanceaba al compás de las olas del mar de fondo. La extraña luz se reflejó en su semblante formando caprichosas sombras.

–No debe asustarse, en estas fechas suele acercarse mucho a la costa.

Marc se giró con brusquedad, alertado por la inesperada voz que surgió detrás de él.

–Le ruego que me disculpe, no pretendía asustarle. Mi nombre es Larry.

–¿Pero qué es esa luz? No había visto nunca nada parecido. Parece un barco con luces o algo parecido.

Cuando el famoso escritor volvió a mirar hacia el mar, el extraño buque, para su sorpresa, había desaparecido.

–¿Dónde está? Ahora no lo veo. Hace un momento estaba allí abajo, junto a la costa. No puede haberse evaporado de repente y estoy seguro de que no se trataba de una alucinación.

–Usted no ha tenido ninguna alucinación. Se lo aseguro. Simplemente, se ha marchado. Acostumbra a aparecer durante escasos minutos y luego desaparece, sin más.

–Pero, ¿qué era?

–El Barco Fantasma.

–Mire, ahora no tengo ganas de bromas. He tenido un viaje muy largo y como usted comprenderá, me encuentro agotado.

–¿No ha oído nunca contar la historia del barco fantasma?

–Que recuerde ahora, no.

–Pues yo se la contaré. Hace muchísimos años, existió un capitán que hizo un pacto con el diablo para poder surcar los mares y océanos evitando los naufrágios y sin peligro de toparse con tormentas, huracanes y demás inclemencias meteorológicas. Pero Dios lo condenó a vagar por los mares sin poder arribar en costa alguna, como castigo a su pacto con el diablo.

–¿Y cómo se supone que se llamaba ese capitán? Si puedo saberlo.

–Claro que puede. Se llamaba “El Holandés Errante” –fue la respuesta.

–Muy interesante. Pero eso es solo una vieja leyenda, nada más. Un cuento para niños.

–¿No decía que no conocía la historia?

–Eso dije. No conocía la leyenda del “Barco Fantasma”. Pero al Holandés Errante, sí lo había escuchado en alguna que otra ocasión. De hecho, está presente en varias culturas populares.

–Pues le puedo asegurar que no se trata de ninguna leyenda o cuento popular. Es una historia real.

Después de las palabras de tan peculiar individuo, hubo un largo silencio que el escritor aprovechó para buscar las primeras estrellas y cuando volvió la

vista hacia Larry, este había desaparecido.

Se dio la vuelta, caminó unos metros en todas las direcciones, pero fue inútil, no encontró rastro alguno del singular personaje. Confuso y, en cierta manera, decepcionado por no volver a ver a Larry, inició el regreso al hotel.

Las sombras comenzaron a dibujar tétricas formas que amenazaban el camino. Entre la foresta podía sentir como extrañas criaturas le seguían con sus penetrantes miradas. En la creciente oscuridad se oyó el lúgubre ulular de un búho.

Entre la confusión de la penumbra le pareció adivinar la figura de una mística aparición. Se acercó a la imagen y esta pareció difuminarse. Exhausto, y en cierta medida asustado, volvió a incorporarse al camino y prosiguió el regreso hacia el hotel.

En la entrada se encontró con la amable recepcionista.

–Me complace informarle de que la cena está casi lista.

Marc, anonadado por la belleza de la mujer, incluso olvidó, por un momento, los extraños sucesos acontecidos hacía unos escasos minutos junto al acantilado. Había algo en Laura que le cautivaba, quizás fueran sus inteligentes ojos color miel o el hecho de que asegurara que era una empedernida lectora suya.

El caso era que empezaba a encontrarse a gusto en aquel extraño lugar y, sin apenas darse cuenta, había empezado a olvidar sus antiguas preocupaciones. La voz del propietario del hotel surgió de detrás de donde se encontraba la joven:

–Hoy podrá disfrutar de una succulenta cena, elaborada por nuestra espléndida cocinera y después le daré a probar un excelente coñac.

–Será un placer, soy un enamorado de la gastronomía.

–Pues ha dado usted con el lugar indicado.

–Viene a quedarse varios días, ¿verdad? –quiso saber la joven.

–Creo que voy a alargar mi permanencia...

### 3 Laura

Marc entró en su habitación y se dispuso a sacar sus pertenencias de la maleta y a guardarlas en el armario empotrado. Al abrirlo, percibió un agradable olor a madera, que le produjo una entrañable sensación y recuerdos de su infancia. Sacó el portátil de la funda y lo dejó, con mucho cuidado, sobre la mesita, que le serviría de improvisado escritorio en sus largas horas de escritura. Estaba contemplando por la ventana la bahía cuando alguien golpeó con suavidad, y varias veces, la puerta de la habitación.

Al abrirla encontró el hermoso rostro de Laura bajo el umbral.

La voz de la chica sonó solícita:

–Venía a que me firmara los libros, si es usted tan amable.

–Pase, no tenga vergüenza, como si estuviera en su casa.

La hija del propietario celebró con una sonrisa la ocurrencia y solicitó:

–Por favor, no diga a mi padre que he venido a su habitación. Se enfadaría mucho y diría, como siempre, que soy una pesada, que no hago otra cosa que molestar a los clientes.

–Pues a mí, personalmente, su padre me parece una bellísima persona. No creo que se enfade por lo que usted dice. Parece un hombre con buenas intenciones.

–Por favor, no diga nada.

Marc se desconcertó del tono que había adquirido Laura y al cabo de unos instantes de silencio aseguró:

–Puede estar tranquila. No diré nada a su padre.

–Se lo agradezco. Por cierto, ¿qué le parecen las vistas?

–Son extraordinarias. Creo que va a ser un buen sitio para escribir. Mi agente tenía razón, estuvo muy acertado al efectuar la reserva en este lugar.

–Hace un tiempo comencé a escribir un relato –continuó mientras se acercaba más a la ventana–, pero no llegué a terminarlo.

–¿Y por qué no lo termina? Es una lástima dejar algo sin terminar –se interesó Marc.

–No sé, quizás porque pienso que viendo como escriben escritores, como usted, por ejemplo, nadie se va a interesar en mis escritos.

–Pero eso es absurdo, si todo el mundo pensara así, nadie escribiría. Laura, todos hemos tenido un comienzo, y le puedo asegurar que el principio es muy duro: no tienes un nombre y las editoriales no apuestan por gente desconocida.

»Todos los comienzos son complicados. Pero esto no es un motivo para no escribir, al contrario, debes de seguir haciendo lo que de verdad te gusta y con el tiempo, todo llegará.

–Entonces, ¿qué me aconseja?

–Que continúe con su relato.

–Pero es muy corto, apenas tiene treinta páginas...

–¿Y qué importa eso? Yo también tengo relatos cortos. Siempre puedes ir añadiéndole más diálogos y algún personaje más. Así es como se aprende a escribir, corrigiendo.

–Tal vez tenga usted razón. Con sus palabras parece todo tan sencillo... –aseguró la joven mientras se acercaba a la puerta para marcharse.

Observó como la preciosa chica salía de la habitación y volvió a aproximarse a la ventana a contemplar el mar. Este se mostraba en su máxima plenitud. Una

pareja de gaviotas volaba trazando difíciles acrobacias y luchando por hacerse con el dominio de un pescado, cerca de donde el oleaje rompía contra el majestuoso acantilado.

## 4 El Barco Fantasma

Al cabo de un rato, y siguiendo la recomendación del propietario del hotel, decidió bajar a tomar algo antes de la cena. Estaba satisfecho, había logrado escribir dos páginas y la proeza lo llenaba de satisfacción. Esperó que, para la próxima vez, las palabras fluyeran tan rápido como lo habían hecho hacía un momento. Acababa de llegar al hotel y la inspiración, para su dicha, parecía haber regresado.

Abandonó la estancia y fue a coger de nuevo el ascensor cuando fue sorprendido por la agradable voz de una mujer:

–Espere un momento, por favor y bajamos con usted, si no es mucha molestia.

–No es ninguna molestia. Al contrario. No se preocupen –contestó el escritor a la señora que ya se encontraba prácticamente dentro del ascensor.

–Muchas gracias caballero. Es usted muy amable.

–No tienen por qué agradecerme nada.

–Mi nombre es Marta y él es mi esposo, John.

–Encantado de conocerles, es un auténtico placer –les estrechó las manos y enseguida preguntó–. ¿Vienen con la intención de quedarse durante mucho tiempo?

–Venimos a pasar solo el fin de semana.

–Entiendo.

–Nos han hablado muy bien de este hotel. Hace tiempo que queríamos venir, sobre todo mi esposa –contestó el hombre mientras impedía que la puerta del ascensor se volviera a cerrar.

–Querido, este no es el lugar más indicado para mantener una conversación. ¿Por qué no vas un momento al bar y tomas algo con Mr...?

–Mi nombre es Marc. Disculpen, no me había presentado, que estúpido soy. Les pido disculpas.

–No se preocupe. No pasa nada –dijo la mujer–. Un despiste lo puede tener cualquiera. Somos personas.

–Sí, sería un placer que me acompañara, en este instante me dirigía a la cafetería a tomar una cerveza. Me gusta mucho tomar algo antes de la cena y si es con buena compañía, pues mucho mejor, para qué nos vamos a engañar.

–Y a mí también –rio John.

Los dos hombres llegaron al bar y se sentaron junto a la barra, mientras el camarero les servía las bebidas solicitadas les preguntó:

–¿Han venido a ver el “Barco fantasma”?

Al oír la pregunta, Marc se removió inquieto en su asiento.

–Sí, claro, cómo no –contestó John–. Hacía tiempo que mi mujer me lo pedía y al final, hemos decidido venir. Y pensamos que es un lugar muy agradable y el servicio es bueno. No se puede pedir más.

–Coincido con usted –admitió Marc.

La esposa de John, que había aparecido en el lugar en ese instante, tomó asiento y exclamó:

–Pienso que es el mejor hotel en el que hemos estado. Y le puedo asegurar que hemos estado hospedados en muchos a lo largo de nuestros

múltiples viajes.

–Si lo dice mi mujer, será verdad. Es una clienta muy exigente –objetó bromeando John.

–Me alegra oír eso. Ese es nuestro principal cometido –aseguró atento el barman–, que los clientes se sientan a gusto. Y el “Barco Fantasma” es nuestro principal reclamo y estamos muy orgullosos de él.

–Propongo un brindis por el famoso barco –solicitó de pronto John.

–Me parece una idea brillante –exclamó Marta.

–Una proposición acertada, amigo. Buena ocurrencia –coincidió Marc, animado por la cerveza.

En medio del brindis, el escritor recordó en ese momento su extraña experiencia junto al acantilado, cuando tuvo la oportunidad de ver el famoso barco y señaló:

–Yo no conocía muy bien esa leyenda. Pero me parece muy interesante. No lo puedo negar.

De repente el camarero, para sorpresa de Marc y de los presentes, se asomó por encima de la barra y afirmó:

–¿Cómo dice usted? No es ninguna leyenda, es un hecho real. Se lo puedo asegurar –los ojos parecían que se le iban a salir de las órbitas.

Después de un incómodo silencio, el esposo de Marta volvió a tomar la palabra:

–Es una historia en la que se podría inspirar para hacer una gran novela, ¿no le parece?

Marc casi se atragantó ante la inesperada pregunta de John y contestó:

–Desde luego, de esa historia podría salir una interesante obra –dio un trago a su jarra de cerveza y volvió a hablar –. Y dígame, ¿cómo se ha enterado de que soy escritor?



–Vamos amigo, no se haga el tonto, usted es un autor de mucho nombre. Casi todo el mundo lo conoce. Incluso en alguna ocasión le hemos visto en la televisión, ahora no recuerdo muy bien el programa.

–Mi marido tiene razón. Yo misma, he leído alguna de sus novelas y debo de admitir que son muy buenas. Pocos autores escriben como lo hace usted que sabe mantener al lector expectante durante el desarrollo del relato. Le doy mi más sincera enhorabuena.

De pronto, un hombre nervioso irrumpió en el bar:

–¡El barco fantasma, está ahí fuera, junto a la bahía! Todavía están a tiempo, si salen lo podrán ver. No pierdan la oportunidad de admirarlo – exclamó alterado.

El júbilo se adueñó por completo del lugar. Los niños que iban acompañados de sus padres empezaron a gritar de entusiasmo y todo el mundo se precipitó al exterior a ser testigos, con sus propios ojos, de la mítica leyenda.

Los clientes observaban en silencio como, lentamente, el gran barco pasaba junto a la costa y, en cuestión de minutos, desaparecía entre las rocas que iluminaba la luz que proyectaba un foco instalado en el hotel.

Marc aguardaba junto al singular matrimonio hasta que la nave desapareció.

Al instante se hizo un gran murmullo de sorpresa entre todos los testigos.

La pareja y el escritor fueron los últimos en entrar y se dispusieron a terminar sus respectivas bebidas.

Al cabo de un rato la calma volvió a reinar y, tras despedirse del matrimonio, Marc volvió a salir a fumar.

Se disponía a buscar su mechero de gasolina en los bolsillos, cuando una cerilla centelleó en medio de la penumbra.

–¿Buscaba esto? –preguntó la recepcionista acercando la cerilla al cigarro del autor.

–Muchas gracias, Laura –agradeció después de lanzar una bocanada de humo al aire gélido.

–Hace una bonita noche, ¿no le parece?

–Sí, pero bastante fría.

–Bueno es normal, tenemos que pensar que estamos al final del otoño...

El propietario del hotel salió en ese instante y se dirigió a Marc:

–Le estaba buscando. Venga conmigo y le serviré una copa de un vino muy especial.

El autor apuró el cigarrillo y siguió al hombre, pero antes dirigió una mirada cargada de pesadumbre a la joven. Le gustaba estar con Laura y ella en ese momento lo presintió...

## 5 La estafa

Cerca de dos horas después, y habiendo terminado de cenar, el escritor se dispuso a volver a su habitación.

En el instante en que se disponía a coger el ascensor, descubrió una puerta entreabierta y le pareció oír a dos personas manteniendo una acalorada conversación.

Embargado por la curiosidad, decidió acercarse a escuchar. Al aproximarse, se dio cuenta de que se trataba del propietario del hotel que, algo disgustado, hablaba con su hija.

–¿No te das cuenta de que no podemos seguir pagando al patrón que maneja el “Barco Fantasma”? Pide mucho más dinero y unas condiciones que no podemos, de ninguna manera aceptar. Es insostenible esa cantidad. No podemos seguir costeándolo. Parece que se haya vuelto loco con tantas exigencias.

–Te entiendo muy bien, padre y sé que tienes mucha razón con lo que me quieres decir, pero sin el barco, estamos perdidos. Ya nadie querrá venir al hotel. Piensa que es el mayor atractivo que tenemos –exclamó Laura elevando el tono de voz.

Marc continuaba escuchando, atónito, la discusión al otro lado de la puerta entreabierta.

–Tenemos que encontrar, cuanto antes, una solución. Este hotel costó mucho trabajo y mucho esfuerzo para construirlo y mantenerlo a tu abuelo. Tu madre estaba muy orgullosa de él, imagínate cómo se sentiría si lo perdiéramos. Tenemos que luchar, aunque sea por su honor.

–Cierto, mamá lo adoraba –las palabras del hombre hicieron que la

muchacha se acordara de su madre desaparecida, lo que provocó que sus ojos brillaran.

–No te preocupes, daremos con alguna solución. En peores situaciones hemos estado y siempre hemos conseguido salir adelante –aseguró el hombre mientras abrazaba a su hija.

Marc se quedó perplejo ante lo que acababa de descubrir. La leyenda del barco fantasma solo era una mentira, un plan maquiavélico para llenarse los bolsillos a costa de la ingenuidad de la gente.

Al día siguiente hablaría con el propietario y su hija, ahora lo mejor que podía hacer era regresar a su habitación y trabajar hasta la madrugada. Tenía mucho trabajo acumulado y, a fin de cuentas, ese era el motivo, y no otro, de haber hecho la reserva en el hotel.

Una vez en su aposento se sentó delante del portátil y no pudo evitar acordarse de los acontecimientos pasados nada más llegar al hotel. La extraña desaparición de Larry y los sucesos ocurridos en el bosque, junto al sendero, lo perturbaron, pero con actitud los alejó de su mente y abrió el ordenador para empezar a trabajar en su manuscrito.

El escritor abrió el Word y continuó con la redacción de su novela. Para su sorpresa, las ideas volvieron a surgir de su mente como nunca antes lo habían hecho.

El autor se fundió en su historia, frente a la ventana donde podía distinguirse el reflejo de la luna fusionándose con el mar.

## 6 El otro

A la mañana siguiente, después de haber pasado casi toda la noche escribiendo, Marc se despertó y, tras vestirse, se dispuso a guardar el ordenador en su funda y ordenar los papeles que le servían para realizar los apuntes de su nuevo manuscrito.

Cuando por fin lo tuvo todo preparado bajó a desayunar a la cafetería. Nada más salir del ascensor se cruzó con un hombre que iba vestido con ropa antigua y se extrañó mucho de ver a aquel caballero tocado con tan inusual indumentaria y se percató de que se dirigía, como él, hacia el bufet. Se acercó a un camarero que se encargaba de limpiar los cubiertos y le preguntó:

–Disculpe, ¿hoy hay carnaval o algo por el estilo?

El trabajador al principio se quedó confundido por la pregunta y contestó:

–Que yo sepa, no. No tengo constancia.

–¿No hay ninguna fiesta en el hotel?

–¿Por qué me lo pregunta?

–Porque me ha extrañado mucho ver a ese señor de allí, así vestido – Marc señaló hacia donde estaba el peculiar personaje que, en ese instante, se dirigía hacia la salida del comedor.

–Yo no veo a nadie. No entiendo qué es lo que quiere decirme.

–Pero... no puede ser –avergonzado intentó disimular–. Ah, perdone, me habré confundido y me ha engañado la vista. Eso es todo –afirmó y fue a servirse el desayuno, ante la cara de asombro del empleado, quien no dejaba de mirarlo.

Sentado a una mesa y manoseando una servilleta de papel, intentó poner en orden sus pensamientos, mientras se disponía a devorar unos succulentos huevos revueltos. Su mente no paraba de recordar los extraños sucesos acontecidos desde su llegada al singular hotel: el barco, el hombre que conoció junto al acantilado y el extraño personaje vestido con ropa de otra época. Los dos hombres tenían algo en común, habían desaparecido. Había algo que no marchaba bien, lo presentía.

Estaba sumergido en estas cavilaciones, cuando vio al propietario del hotel y se acordó de lo que escuchó la noche anterior. Decidió llamarle y hablar con él. Tenía que dejar las cosas claras, no podía permitir que ese pícaro continuara estafando a más gente. Ya se había aprovechado de demasiados ingenuos y había que poner fin de inmediato a semejante artimaña. Cuando se disponía a hacer una señal al propietario para que se aproximara a su mesa sonó el teléfono móvil. Era su agente literario.

–Marc, ¿me escuchas?

–Sí, dime.

–Soy yo, Robert. ¿Va todo bien?

–Todo correcto.

–¿Qué tal el hotel?

–Muy bien.

–¿Puedes escribir a gusto?

–Sí, la estancia es muy agradable. Y por fin, estoy escribiendo.

–Me alegra escucharte decir eso.

–Muchas gracias por haber encontrado este confortable lugar. Es magnífico y muy tranquilo –lo último sonó con ironía.

–¿Te hace falta algo de dinero?

–No. No te preocupes.

–Marc, si te hace falta algo, por favor, dímelo.

–Descuida, así lo haré.

Tras despedirse de su agente, depositó el teléfono sobre la mesa y reparó en que el propietario había salido del comedor.

Entonces, pensó que lo mejor sería esperar un poco para hablar con él, debía de averiguar antes quién era Larry y el señor de la otra época y fue en ese momento cuando se acordó de que el hombre que había junto al acantilado también vestía con ropa anticuada.

Tenía que encontrar cuanto antes a Larry y hacer algunas averiguaciones.

Decidido se levantó de su asiento y con paso firme se dirigió a la salida del salón comedor.

–Hola Marc, ¿qué le pareció la cena anoche? –la recepcionista le cortó el paso.

–Muy bien, gracias por tu interés. ¿Y vuestro falso “Barco Fantasma”? –espetó y continuó dirigiéndose al exterior.

## 7 El pastor

Marc tomó el sendero que conducía al acantilado y se maldijo por las últimas palabras que le había dicho a la muchacha. Había sido demasiado duro con ella. Es cierto que lo que estaban haciendo, con la mentira del barco, no tenía nombre, pero quizás, debía de haber tenido un poco más de tacto, un poco más de delicadeza.

En un margen del camino distinguió las siluetas del matrimonio, que conoció el día anterior, cuando se disponía a coger el ascensor y después habían tomado algo en la cafetería.

Marta, al ver llegar a Marc, fue la primera en hablar:

–Vaya, nuestro amigo el famoso escritor. ¿Va a dar un paseo?

–Sí, hace un día fantástico. No llueve y eso hay que aprovecharlo.

–Muy bien pensado. Nosotros nos disponíamos también a dar una caminata, pero mi marido se ha dado cuenta de que se ha dejado olvidado el maldito tabaco y tenemos que regresar al hotel.

–Bueno, tienen mucho tiempo por delante –afirmó el autor.

–¿Quiere esperarnos y paseamos un rato con usted?

–La verdad, es que me gustaría caminar solo. Ya saben, busco un poco de inspiración... –improvisó rápidamente.

–Claro, le comprendemos. No se incomode y vaya a disfrutar del paseo y de la excelente naturaleza.

Marc se despidió del matrimonio y puso rumbo hacia el acantilado. Al poco



tiempo llegó al mirador y esperó por si acaso volvía a aparecer Larry. De alguna manera le pareció extraño no volverse a cruzar con el matrimonio, pero pensó que quizás estos habían cambiado de opinión y habían decidido quedarse en el hotel.

Al cabo de un rato, harto de la espera, decidió volver al hotel. Cuando iba a coger de nuevo el camino reparó en la presencia de un hombre que estaba junto a unas ovejas.

El escritor se dirigió hacia él.

–Buenos días señor.

–Hola –fue la seca respuesta del pastor.

–¿Podría decirme, si es usted tan amable, si vive por aquí un hombre al que los lugareños llaman Larry?

El hombre contestó:

–No, nunca he oído ese nombre por este lugar. Por cierto, ¿de dónde viene usted?

–Vengo de Londres.

–Muy bien, de la capital. Bueno, ahora que lo recuerdo, la verdad es que quizá sí conozco a alguien que tal vez pueda ayudarle –aseguró el pastor de forma enigmática–. Venga, acompáñeme, iremos a su taller, no está muy lejos de aquí y hablaremos con él.

Marc se quedó mirando las lanudas ovejas y confuso preguntó:

–¿Piensa dejar a las ovejas aquí?

–Ah, no hay ningún problema, mis perros son muy listos y están bien entrenados, ahora verá.

El pastor cogió un silbato que llevaba colgando en el cuello y tras hacerlo sonar los canes comenzaron a ladrar y a correr, con ritmo frenético, hacia todas las direcciones. Marc no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Dos perros rodearon a las ovejas mientras un tercero las achuchaba por la parte

posterior.

–Lo ve, amigo. Ya podemos empezar a caminar y ellas nos seguirán. Estos perros que tengo tienen mucho valor y son muy avispados. Estoy seguro que no habrá visto, nunca, unos iguales –afirmó con cierto orgullo el pastor.

El escritor se giraba de vez en cuando para contemplar con curiosidad la curiosa comitiva.

Al cabo de un rato, llegaron cerca de un conjunto de viviendas. El humo salía de las chimeneas confiriéndoles un confortable aspecto. Marc, olfateó el aire y sintió una agradable sensación, siempre le había atraído el estilo de vida rural. Al alcanzar la pequeña población, se preguntó qué es lo que sucedería con el rebaño a partir de ese instante, pero el pastor no tardó en despejar sus dudas. A un toque de su pito, los perros guiaron a las ovejas hasta un vallado y el pastor, tras abrir una destartalada puerta de madera, los animales fueron entrando ordenadamente.

–Buen trabajo –exclamó el ovejero, mientras los canes lo rodeaban sin dejar de mover las colas y saltar en señal de alegría y fidelidad.

El hombre miró a Marc y dijo:

–Ahora mismo vamos a hablar con la persona de la que he hablado antes, no obstante, primero pasaremos por mi casa y le preguntaré a mi esposa si conoce a ese tal Larry.

Marc asintió, pero empezó a dudar un poco del singular personaje. Aunque también pensaba que no tenía, en ese momento, nada que perder y mucho menos, nada mejor que hacer y que tal vez era cierto lo que decía el pastor y podría descubrir algún tipo de información sobre el misterioso Larry.

Llegaron a una casa y el ovejero abrió la puerta en el momento que exclamaba:

–Mary, soy yo, Bob. Vengo con un amigo –Marc se extrañó de las palabras del pastor, quien le acababa de llamar, amigo, sin apenas conocerlo y también le pareció raro que conociéndolo hacía escasos minutos le llevara a su hogar, pero sin lugar a dudas todo esto era lo menos extraño desde su llegada a esa parte de la costa de Dover, por lo que optó por dejarse llevar por la situación y ver cómo acababa todo el embrollo.

En estas cavilaciones se encontraba, cuando una mujer, que debía ser la esposa del pastor, apareció en la escena con los brazos en jarras y en aparente actitud defensiva.

–Hola Mary, traigo conmigo a un amigo –dijo girándose y preguntando a la vez–, ¿cómo se llama?

–Mi nombre es Marc Miller –la voz sonó como un eco lejano. La esposa se puso todavía más rígida e indignada explotó:

–¿Se puede saber por qué diablos traes a un desconocido a casa?

–Yo... lo encontré junto al acantilado, cuando me encontraba con las ovejas.

–Te he dicho muchísimas veces que no traigas desconocidos a casa.

Marc, que había retrocedido un poco al ver a la mujer tan alterada decidió hablar:

–Bueno, no quisiera molestar. Será mejor que me marche.

Mary que aparentaba que los ojos se le iban a salir de las órbitas volvió a añadir:

–Algún día vamos a tener un disgusto por tu manía de querer traer a casa a todo el mundo que te cruzas por la calle.

–No me lo he encontrado en la calle, te dije que fue junto al acantilado.

–No me discutas. Siempre haces lo que te da la gana.

Marc, como veía que la conversación empezaba a convertirse en una fuerte discusión determinó ser diplomático:

–Su esposa tiene razón. No debería llevar a extraños a casa. No puede fiarse de todo el mundo y mucho menos, de un completo desconocido. Podría ocasionarle problemas como bien decía su esposa.

El pastor, quien parecía, por fin, haber entrado en razón admitió:

–Tenéis razón, ya no volverá a suceder. Te lo prometo, cariño.

Mary que hacía unos segundos que observaba con curiosidad al desconocido dijo:

–Me suena de algo su cara, pero en estos momentos no logro recordar dónde le he visto antes. Ta vez se parece a alguien que conozco...

El autor, que trataba por todos los medios, aunque le fuera difícil, pasar desapercibido, se vio en la obligación de desvelar su identidad.

–Soy un escritor londinense que he venido a pasar unos días en el hotel “El Barco Fantasma”...

–Ahora lo recuerdo, usted sale algunas noches en el famoso programa que emiten los sábados por la noche –la mujer no dejó a Marc terminar la frase–. Oh, es increíble, no puedo creerlo, un famoso en mi casa. Por favor, siéntese. Bob, vamos, sirve un whisky a nuestro visitante. ¿A qué estás esperando?

–De verdad, yo no quiero tomar nada. No se tomen tantas molestias.

La demanda fue ignorada porque cuando terminó la frase, el anfitrión se encontraba sirviéndole una copa de whisky.

En ese instante el pastor se quedó mirando a su esposa y para satisfacción de Marc, preguntó:

–¿Conoces a algún hombre al que llaman Larry?

–No, en estos momentos, no recuerdo a nadie con ese nombre. ¿Por qué no se lo preguntas al zapatero? A pesar de ser muy anciano, mantiene una buena memoria y conoce a casi todo el mundo que habita en la costa. Estoy segura de que él te podrá ayudar.

–Sí, iremos ahora mismo. Ese es el individuo del que le hablé cuando lo vi –esto último fue dirigido a Marc.

El pastor se levantó y tras dar un beso de despedida a su esposa, atravesó el

umbral de la vivienda, seguido del escritor, quien era incapaz de darle alcance.

A Marc le costaba seguir los pasos del apresurado caminante, mientras no dejaba de saludar a todas las personas con quien se cruzaba en su camino, hasta que se detuvo en la puerta de una casa donde había un chirriante cartel que ponía: “Zapatería”.

–Aquí es. Vamos a hablar de inmediato con el zapatero, que seguro que sabrá o habrá oído alguna vez hablar de es tal Larry.

Entraron en el establecimiento y la apariencia del anciano llamó enseguida la atención de Marc. Un hombre que podría tener más de noventa años de edad y con una larga melena y barba blanca, golpeaba con un martillo, y de forma compulsiva, el tacón de un zapato que reposaba sobre una especie de pequeño yunque.

Al ver a los recién llegados ni siquiera se inmutó, el pastor se aproximó a él y en tono amable le dijo:

–Hola Dean, traigo a un amigo que está buscando a un hombre al que llaman Larry. ¿Conoces a alguien por la costa con ese nombre?

Fue entonces cuando Marc se dio cuenta de lo absurdo de la situación. Había llegado al hotel con la única intención de escribir y sin embargo, se encontraba tratando de desvelar un misterio que parecía no tener ni pies ni cabeza, pero pensó que debía de dejarse llevar por la extraña situación y sintió una gran curiosidad e interés por conseguir descubrir el enigma.

Después de un largo silencio, el zapatero habló:

–¿Larry? No, no recuerdo a nadie con ese nombre. Mi vieja, pero lúcida memoria no puede acordarse de nadie con ese nombre.

»Agradecería, si fuera posible, contar con alguna clase de descripción sobre el sujeto en cuestión. O incluso sería también de gran utilidad saber su apellido u ocupación laboral.

–Bueno... –Marc no supo qué declarar, porque a decir verdad, cómo iba a darle la descripción de un fulano que portaba ropa antigua, que se debió de dejar de llevar hacía ya mucho, mucho tiempo. Quizá siglos. Y unos rasgos

que en ese instante le resultaba imposible de recordar, por la sencilla razón, de que apenas se había fijado en ellos, ya que había puesto más su atención en la vestimenta que en sus características físicas y personales.

La voz del pastor, quien se encontraba en la entrada de la zapatería mirando el exterior, le alejó de sus reflexiones.

–Mirad la lluvia que va a caer. Esas nubes tienen muy mal aspecto. Va a diluviar.

Fue en ese momento cuando sucedió. Marc se acercó a la puerta para ver lo que decía el pastor y al desviar la vista apareció ante sus ojos la silueta del hombre demandado, Larry. Este caminaba tranquilo por la acera, con las manos metidas en los bolsillos de su gabardina y al llegar a una esquina desapareció.

–Ahí está. Voy a intentar hablar con él –manifestó alterado y salió corriendo en su busca.

Al ver al escritor salir de la zapatería el pastor gritó:

–Si descubres algo nuevo, ya sabes donde vivo, espero que vengas a informarme –pero el escritor no debió de escucharle porque ya se encontraba a una respetable distancia.

Marc dejó de correr al perder de vista al hombre. Pero al momento volvió a divisarlo en la distancia y pudo ver como se detenía en unos puestos ambulantes. El autor trataba de hacerse paso entre los ciudadanos, que en ese momento abundaban por el lugar. Como podía intentaba no perder de vista a Larry, pero en un momento dado, una mujer se cruzó en su camino y estuvo a punto de caer al suelo, para su desdicha perdió de vista al esquivo personaje.

Se dio cuenta de que habían empezado a caer unas pocas gotas de lluvia y pensó que lo mejor era regresar al hotel.

De repente sintió como alguien posaba una mano sobre su hombro. Al darse la vuelta se asombró al ver de nuevo al pastor.

–Será mejor que coja mi coche y le acerque al hotel. Parece que va a llover y mucho.

Marc miró como el cielo se cerraba por momentos y asintió, mostrándose de acuerdo.

–Vamos a mi casa tengo el coche en el garaje. No me costará nada llevarle.

Al rato, el auto se encontraba deslizándose sobre la calzada y Marc observaba desde su ventanilla los bosques de robles que tapizaban de un bello verde oscuro la extensa campiña.

Pasaron muy cerca del acantilado y junto al arbolado donde el atardecer anterior le pareció ver una fantasmagórica figura. Ahora no había nada. Llegaron al hotel y Marc se mostró muy agradecido por la iniciativa que había tenido el singular pastor.

–Ha sido usted muy amable al traerme –aseguró viendo como la lluvia impactaba torrencialmente en la luna del coche.

El pastor miró de forma solícita al escritor y tras extraer una bolsa de la guantera, demandó:

–Antes, me gustaría pedirle un favor.

–Usted dirá.

–Me gustaría que dedicara a mi esposa este libro suyo que acabo de comprar en la librería del pueblo. Quisiera darle una sorpresa.

–Entiendo. Será un bonito detalle, puede estar seguro.

En la puerta del hotel y con una sonrisa pintada en su cara, vio como el coche se alejaba bajo una copiosa cortina de lluvia.

Mientras tanto, el propietario se encontraba repasando unas facturas en su despacho cuando fue interrumpido por la alterada voz de su hija:

–Papá, tengo que decirte algo muy importante.

–Dime.

–Lo sabe.

–¿Qué quieres decir? Ven, siéntate, estás muy nerviosa. Deberías tranquilizarte un poco. ¿A qué te refieres?

–Marc, ha descubierto que el “Barco Fantasma” es falso.

–Pero, ¿cómo se ha podido enterar?

–No lo sé, pero la cuestión es que lo sabe. Y es muy preocupante. Podríamos tener muchos problemas, recuerda que es una persona muy popular e influyente.

–Pues tendremos que encontrar una solución de inmediato.

Laura después de una pequeña reflexión admitió a su pesar:

–No hay nada que podamos hacer. Estamos perdidos.



## 8 La confesión

El escritor entró al hotel y en el hall encontró al matrimonio.

–¿Al final no dieron el paseo?

–No, en el último momento cambiamos de opinión y nos quedamos en la cafetería, tomando un trago –contestó Marta.

–¿Cómo ha pasado la noche? ¿Ha podido dormir bien? –se interesó la mujer.

–Pues la verdad, es que estuve casi toda la noche escribiendo en mi habitación. Tenía mucho trabajo atrasado...

–Entonces, estará muy cansado.

–Sí, bueno, ya estoy acostumbrado a este horario tan raro.

El esposo de Marta, que en todo momento había permanecido callado, intervino en la conversación:

–Podíamos ir a la cafetería y continuar esta conversación allí. Si no tiene prisa, o algo mejor que hacer, claro. Tampoco quisiera robarle su preciado tiempo.

–No, al contrario. Me parece muy buena idea. Me apetece hablar con alguien.

Marc y el matrimonio se dirigieron hacia el bar. Dio una rápida mirada hacia el interior, pero no divisó por ninguna parte a Larry.

–Como les estaba diciendo antes –el escritor retomó la conversación después de haber pedido su consumición–, durante la noche es cuando más inspiración tengo y es cuando aprovecho para trabajar.

–Pero, eso debe de ser muy agotador, por la noche... ¿no le parece? – señaló Marta.

–No se crea, después de la comida me tumbo un buen rato y enseguida recupero el sueño atrasado.

–¿Qué edad tiene, es usted casado?

–Marta por favor, no incomodes a nuestro amigo.

–No se preocupe John, no pasa nada. Su esposa no me molesta en absoluto y la verdad, es un verdadero encanto. Tengo treinta años y soy soltero. Puede preguntarme lo que desee, que yo le contestaré lo que quiera – bromeó.

En ese instante, pasó junto a ellos la recepcionista y Marc se fijó en la joven. Marta, que se percató del cruce de miradas que hubo entre los dos jóvenes, no pudo contenerse e indicó:

–Es una muchacha preciosa y además muy atenta.

–Y también es muy lista –aseguró Marc acordándose de la estafa.

–¿Cómo dice?

–No me haga caso.

De pronto se abrió la puerta de la entrada y, una niña que caminaba con mucha dificultad y apoyada en dos bastones, irrumpió en el bar acompañada de sus padres.

Marta, que parecía conocerla, al ver a la pequeña se levantó y se dirigió hacia ella para saludarla.

Desde su asiento, el escritor observaba con curiosidad la escena.

–Esa niña tiene una grave enfermedad –explicó John mientras miraba como su esposa y la chica se abrazaban– y el propietario del hotel, desde hace un tiempo, se dedica a pagarle la medicación.

»Si no fuera por este filántropo hombre, la pequeña hacía tiempo que habría muerto entre terribles dolores. Son una familia muy pobre y la única persona de la costa que puede ayudarla económicamente, aunque le parezca extraño, es él. Mi esposa y yo conocemos a la pequeña y a sus padres hace un tiempo, porque viven cerca de nuestra casa y le aseguro que ese hombre es una persona muy bondadosa –señaló hacia el propietario que en ese instante atendía a un cliente.

Marc no sabía qué decir, desde su llegada a aquel hotel no habían parado de suceder cosas extrañas, pero aquello en cuestión le había impactado. El recuerdo de la estafa hizo que se levantara de su asiento y se dirigiera a hablar con el propietario, pero este se adelantó y le ahorró comenzar la incómoda conversación.

–Ha descubierto lo del “Barco Fantasma”, ¿verdad?

–Sí, y me parece una estafa enorme.

–Entiendo que se sienta así.

–No tiene ningún derecho a engañar así a la gente de esa forma. Tienen muy poca vergüenza y mucha menos consideración por los clientes que, a fin de cuentas, les dan de comer.

–Mire, si quiere ponerlo en conocimiento de la opinión pública, de acuerdo, hágalo. Yo no se lo voy a impedir.

La voz de Marta interrumpió la conversación:

–Marc, venga un momento, desearía presentarle a una persona.

–Bueno ya lo hablaremos más tarde, ahora no es el momento –afirmó el escritor y se dispuso a seguir a la esposa de John.

## 9 Los motivos

En el instante en que se iba a llevar a cabo la presentación, unos niños entraron voceando informando a todo el personal de la presencia del singular buque.

Los pequeños corrían, exaltados, por todas partes. El júbilo se extendió por el interior del hall, llenándolo de frenesí.

Fue en ese instante cuando Marc reparó en cómo la ilusión se reflejaba en los semblantes de todos los niños. Incluso los adultos parecían disfrutar más que los rapaces.

–Observe las caras de esos niños –dijo de pronto el propietario–. ¿No le parece fabuloso? Quizás estemos cometiendo un delito de estafa, no lo puedo negar, pero es nuestra tradición. Yo heredé este hotel junto a la leyenda y le puedo asegurar que es muy antigua y querida por las gentes de este lugar.

–Pero usted tiene contratado a un hombre que se hace pasar por el capitán del barco fantasma y que maneja el buque de tal forma que incluso parece que lo hace desaparecer entre las rocas. Es algo increíble, pero intolerable.

–Sí...

–¿Y por qué no quiere seguir navegando?

–Porque pide más dinero, más del que puedo disponer. Ahora todo eso ya no importa, usted lo pondrá en conocimiento de todo el mundo y el hotel será cerrado. Tal vez tenga usted razón y no me merezco otra cosa, pero hay mucha gente a la que sí le interesa la famosa leyenda –la resignada mirada del hombre se dirigió hacia la muchacha de los bastones, que en ese momento les dirigía una sonrisa.

–Entiendo.

–¿Va a contarle a los periódicos? –preguntó preocupado.

–Ahora no puedo contestarle, subiré un rato a mi habitación. Necesito descansar un poco y poner en orden mis pensamientos antes de comer.

–¿Quiere que le avisemos a alguna hora en concreto? –se ofreció el propietario con marcada amabilidad.

–No hará falta, pondré la alarma del teléfono. Pero de todas formas se lo agradezco.

–Como usted quiera. Que tenga un buen descanso. Si necesita algo, por favor, comuníquemelo.

–Muchas gracias. Es usted muy atento. Eso sí tengo que admitirlo.

Tras despedirse del propietario, y al dirigirse hacia el ascensor, se cruzó con Laura, pero la joven pareció esquivarlo. Marc, se percató y decidió seguirla, mientras le decía:

–Laura, necesito hablar un momento contigo.

Al darse la vuelta a la joven le brillaron los ojos en cuanto sus miradas se encontraron. Marc con actitud, continuó diciendo:

–Te quería pedir disculpas, el tono con el que te hablé antes, no fue el más oportuno.

–¿El tono...? Escúchame un momento. Mi padre lo ha pasado muy mal desde que mi madre se fue. Todo lo que ha trabajado a lo largo de estos años, lo ha hecho por respeto a su esposa fallecida, para que ahora vengas tú, un tipo con la vida resuelta y lo echas todo a perder.

–Laura, te juro, que no tengo ninguna mala intención. También debes comprender...

–Déjame tranquila.

La joven se dio la vuelta, pero a Marc le dio tiempo de ver como una lágrima resbalaba por su mejilla. Unos clientes que pasaban los miraron con curiosidad. En la distancia adivinó la silueta del propietario. Al llegar a su altura demandó:

–¿Podría hablar un momento con usted?

–Sí, por supuesto. Vayamos a mi despacho, estaremos más tranquilos.

Dentro de la estancia, y después de haber señalado un asiento a su cliente, el hombre quiso saber:

–¿Qué es lo que le atormenta, Marc? Le encuentro... un tanto alterado.

–Quería decirle que todo esto, aunque se crea lo contrario, me origina una situación muy incómoda. Antes, intenté explicárselo a su hija, pero me dejó con la palabra en la boca. Se marchó bastante indignada.

–Bueno, con Laura tiene que tener un poco de paciencia, es una mujer que ha padecido mucho. Tuvo una mala experiencia.

Marc asombrado de la confianza que mostraba el propietario solo fue capaz de añadir:

–No tiene por qué darme explicaciones.

–Mi hija lo aprecia de verdad, se nota a una legua. Pero como ya le dije antes, tuvo una mala experiencia. Ella conoció a un chico y estuvo muchos años con él. Todavía recuerdo el día que vinieron a casa a cenar, por aquella época mi querida esposa ya no estaba entre nosotros y Richard, para mi sorpresa, me pidió la mano de mi hija.

»No puedes hacerte la idea de lo ilusionada que estaba, hacía tanto tiempo que no la veía tan feliz. No paraba de hablar de lo dichosa que era y de lo feliz que iba a ser junto a su futuro esposo. Pero para nuestra desgracia, todo se complicó. A solo dos días de celebrarse la esperada ceremonia, una amiga suya de la infancia le mandó una carta donde le advertía que no debía casarse con él, porque lo había visto con otra mujer. Como puede comprender, Laura cayó en una grave depresión. Lo único que pudo sacarla de la

enfermedad fue la lucha diaria por sacar adelante el hotel –el hombre se levantó y exclamó en voz alta– cada piedra que forma esta construcción, guarda un recuerdo de mi esposa. El día que se cierre el hotel, sus muros llorarán.

Marc no sabía qué hacer, después de un silencio acertó a decir:

–Disculpe, necesito ir a mi habitación y descansar un poco.

–Le entiendo. Recuerde, si quiere algo, ya sabe cómo encontrarme – dijo algo más tranquilo.

Tras salir del ascensor entró en su habitación, cogió su teléfono móvil y marcó un número.

Al otro lado de la línea, la voz de Robert no tardó en responder:

–Hola Marc, qué sorpresa más agradable. ¿A qué se debe esta llamada?

–Necesito que me hagas un favor.

–Venga, dispara. ¿De qué se trata?

El agente literario, permaneció unos minutos escuchando la demanda y al instante contestó:

–¿Estás bromeando y dices que lo quieres en el hotel para dentro de unos días?

–Eso he dicho. Me imagino que no habrá ningún problema, ¿verdad?

–No, tranquilo, haré todo lo que pueda.

El escritor colgó y sonrió. El rostro de Laura apareció en el interior de su mente.

# 10 Conclusión

Unos días después.

Se encontraba el propietario arreglando unos documentos, cuando fue sorprendido por su hija:

–Papá, fuera hay unos señores que dicen que traen unos paquetes.

–Vamos a ver qué ocurre, debe de tratarse de una equivocación. Que yo recuerde no he hecho ningún pedido. Habrán cometido algún error.

–Venimos a traerle estas cajas –dijo uno de los operarios.

–Se han equivocado de lugar. Miren bien la dirección.

–En el albarán indica esta dirección. No ha habido ninguna confusión. Es aquí.

–Tras comprobar el documento, el propietario abrió una de las cajas y, para su sorpresa, se dio cuenta de que contenían pequeños barcos fantasmas tallados en madera, además de otras figuras decorativas y muy llamativas.

–¿Qué es todo esto? No entiendo nada...

–Necesitaréis vender souvenirs –las palabras de Marc sorprendieron a la recepcionista y a su padre.

–¿Eso quiere decir que no dirá nada de lo del barco? –inquirió el propietario.

–Eso parece, ¿no? –dijo el escritor.



–No tengo palabras para expresar como me siento, muchísimas gracias, Marc.

–Gracias a usted por ayudar a la pequeña –sentenció Marc que en ese momento cogió sus maletas y se dirigió hacia el coche.

–¿Volverá algún día?

–Por supuesto y no se preocupe de pagar a estos señores ya está todo liquidado –contestó mirando a la recepcionista.

En ese instante apareció en escena el matrimonio y Marta se dirigió a Marc:

–No dude en llamarnos por teléfono la próxima vez que venga al hotel. Vendremos con usted.

–Será un placer –admitió el escritor.

Padre e hija miraban incrédulos el coche del autor mientras desaparecía en la carretera. Para su sorpresa, uno de los operarios se dirigió a ellos:

–Miren, en este artículo del periódico sale nombrado su hotel.

–El propietario cogió el diario y leyó el párrafo que el trabajador le señaló con un dedo: “No dejen de visitar el hotel “El Barco Fantasma”.

Totalmente recomendado. No se arrepentirán...

Marc Miller”

De pronto, la recepcionista se dio cuenta de que un gran convoy de coches se aproximaba por el horizonte. El propietario miró la fecha del periódico y comprobó que hacía ya cuatro días que había sido publicado. Toda esa gente venía tras haber visto la recomendación que Marc, mediante su agente Robert, había hecho del hotel.

# Epílogo

Mientras tanto, el famoso escritor sorteaba las curvas de regreso a Londres escuchando la radio. Para su sorpresa, el locutor comenzó a hablar de la leyenda del barco fantasma. El conductor intentó concentrarse en la conducción, pero le fue imposible.

–Según la leyenda –decía el locutor– las personas que avistaban el barco fantasma se convertían en espíritus que solo eran vistos por gente que poseían un peculiar don...

Marc tuvo que parar el vehículo y salir de este para tomar un poco el aire. El coche se recortaba en el atardecer.

El escritor se dio cuenta, gracias al locutor de la radio, de que Larry y el otro señor eran almas de otro tiempo. Por lo tanto, “la Leyenda del Holandés Errante” era cierta.

Decidió caminar un poco y descubrió un sendero que nacía junto a la carretera. Comenzó la ascensión y a los pocos minutos llegó al final y descubrió que, desde aquella altura, se divisaba toda la bahía.

En ese mismo instante, un fogonazo se iluminó en mitad del mar y ante él y en todo su esplendor, apareció la silueta de un enorme buque. El escritor se quedó petrificado ante semejante aparición y ante el hecho de que las olas no parecían chocar contra el casco del barco. El frío aire revoloteaba su pelo.

Lleno de gozo volvió descender el camino, subió a su coche y continuó su ruta. El manos libres del teléfono móvil sonó y escuchó a su agente:

–Marc, ¿han llegado a tiempo las cajas?

–Justo cuando me disponía a dejar el hotel. Pero muy bien, puedes estar tranquilo.

–¿Has podido terminar la novela?

–Sí, ya lo he acabado.

–No puedes darme un adelanto de cómo se titulará. Soy tu agente...

–No. Lo siento, tendrás que esperar. Y, por cierto, no me esperes en Londres vuelvo al hotel.

Marc colgó y subió el volumen de la radio. La guitarra de Eric Clapton no tardó en inundar el coche. El vehículo desapareció en el horizonte y una estrella parpadeó en el firmamento. La luna, en toda su plenitud, empezó a aparecer en aquella tarde crepuscular.

